

Beltrán S., Luis Ramiro (1979) **La planificación de la comunicación para el desarrollo rural e Latinoamérica: un bosquejo histórico.** 23 p. (Transcripción de la conferencia presentada en el Seminario "La Comunicación Agrícola en el Desarrollo Rural", realizado en Caracas, Venezuela, el 26 de noviembre de 1979, organizado por el Ministerio de Información y Turismo de Venezuela).

Colecc. LR Beltrán  
PP-AI-031

LA PLANIFICACION DE LA COMUNICACION PARA  
EL DESARROLLO RURAL EN LATINOAMERICA: UN  
BOSQUEJO HISTORICO \*/

Luis Ramiro Beltrán S. \*\*/

---

\*/ Transcripción de la conferencia presentada -a título puramente personal- en: "La Comunicación Agrícola en el Desarrollo Rural", Seminario patrocinado por el Ministerio de Información y Turismo de Venezuela, Caracas, 26 de noviembre de 1979.

\*\*/ Boliviano, periodista y especialista en comunicación para el desarrollo, investigador crítico doctorado por la Universidad del Estado de Michigan. Exdirector del Instituto Interamericano de Desarrollo Rural y Reforma Agraria (IICA-CIRA). Actualmente Subdirector Regional para América Latina y el Caribe del Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID).

A Frank Shideler y  
Florence Thomason,  
con mi reconocimiento por  
haberme iniciado en la co  
municación para el desarrollo.

## TABLA DE CONTENIDO

	Página
PREAMBULO.....	1
DESARROLLO EN GENERAL: MAS PARA LOS MENOS.....	2
DESARROLLO RURAL: LA MITIFICACION DE LA TECNOLOGIA...	6
COMUNICACION PARA EL DESARROLLO: DE LA CONFORMIDAD A LA PROTESTA.....	11
LA PLANIFICACION DEL DESARROLLO Y DE LA COMUNICACION PARA ESTE.....	19
LA PROYECCION Y EL DILEMA.....	23

## PREAMBULO

En nombre de mis compañeros, los doctores Díaz Bordenave y Hornick y en el mío propio, quiero expresar a las autoridades venezolanas nuestro reconocimiento por su gentil invitación y por las amabilísimas palabras con que nos han dado la bienvenida a este seminario.

Para mí es especialmente placentero estar otra vez en contacto estrecho con la comunicación rural en Venezuela al cabo de un tiempo en el que no había tenido una relación tan cercana como en el pasado. Digo esto muy sinceramente porque tengo la suerte de estar vinculado a esta actividad en este país desde hace -quizás no debiera confesar- nada menos que unos 20 años. En efecto, creo que fue en el año 59 ó 60 en que, bajo la batuta del colega chileno Jorge Ramsay, mi compañero entonces en el IICA, estuvimos aquí trabajando en comunicación de extensión todos los años, en el Ministerio de Agricultura y en la Facultad de Agronomía de Maracay. No sé si todos ustedes conocen a Jorge, hoy el representante del IICA en este país. Entonces él no residía en Venezuela pero armábamos lo que llamábamos "El Circo", un equipo de cuatro o cinco instructores ambulantes que dábamos cursos de extensión agrícola en los países andinos. Entonces mi vinculación con Venezuela viene desde esa época en la que hicimos muchos amigos en el sector de comunicación rural. A algunos de ellos, como al colega Alayón, tengo el gusto de ver después de mucho tiempo otra vez. Y recuerdo a varios otros que no están presentes en este encuentro pero que están presentes en la memoria de Jorge y la mía, tales como Víctor Giménez Landínez, César Fuentes, Pompeyo Ríos, Vicente Gallardo y tantos otros colegas tan apreciados.

Por otra parte, mucho más recientemente he continuado en contacto con la actividad profesional de comunicación en Venezuela en razón de otro tipo de inquietudes y por la vía de otro tipo de entidades como el ININCO, al que tuve el gusto de colaborar en alguna ocasión cuando se empezaba a diseñar el Proyecto RATELVE como parte de los esfuerzos iniciales del CONAC. Tengo, pues, una relación también estrecha con ese grupo de investigación que presidía Antonio Pasquali y que actualmente está a cargo de Oswaldo Capriles, ejemplares colegas. En fin, he estado vinculado con la Escuela de Periodismo y Comunicación por medio de Héctor Mujica, con la Asociación de Periodistas por conducto de Eleazar Díaz Rangel y con el Ministerio de Información por mis nexos con Guido Grooscors. De modo que tengo muchos motivos de especial afecto en esta mi antigua relación con la gente de la profesión en Venezuela.

Tal como he entendido mi tarea de hoy, debo intentar aquí una apretada reseña esquemática del papel de la comunicación en el desarrollo rural en Latinoamérica, en lo posible con atención especial a su planificación. Para cumplir este encargo en el plazo previsto por el seminario, me limitaré a destacar ciertos hitos de algunos procesos que considero íntimamente entrelazados, sobre un período que abarca las últimas tres décadas en que los esfuerzos de desarrollo rural en América Latina alcanzan una sustantividad que no habían alcanzado hasta entonces. Haré apenas una presurosa crónica testimonial.

¿A qué procesos me refiero? Y ¿por qué digo que son entrelazados?

En primer lugar al proceso de desarrollo en general. No es posible hablar de desarrollo rural sin relacionarlo con el encuadre mayor del desarrollo general. Los mencionaré, pues, así sólo sea muy brevemente, en esta reseña. De la misma manera, y muy conectada con lo anterior, la comunicación rural será otro de los procesos a destacar y luego, la planificación del desarrollo con énfasis en lo rural. Finalmente, la planificación de la comunicación para ese desarrollo. O sea, voy a reseñar integrativamente y en la forma más breve posible los intentos realizados en América Latina para alcanzar desarrollo en general pero con énfasis en lo rural. Y trataré de perfilar el papel que cumple en ello la comunicación y, dentro de esto, anotaré la manera en que se planifican el desarrollo y la comunicación. Es tamaña tarea para pequeñas fuerzas y para un tiempo tal vez no demasiado amplio. Pero me empeñaré en cumplirla.

#### DESARROLLO EN GENERAL: MAS PARA LOS MENOS

Tomemos en primer lugar el rubro del proceso de desarrollo en general. Trataremos de contestar brevísimamente un par de preguntas centrales. ¿Cuál ha sido el modelo primordial de desarrollo que se ha seguido en América Latina en estos últimos 30 años? ¿Qué resultados ha dado, aparentemente, su aplicación? Por supuesto, el sólo responder debidamente estas dos preguntas podría tomar todo el seminario, pero por lo menos vamos a hacer mención a algunas cuestiones muy decisivas. Separemos los períodos así: los años republicanos hasta 1949 constituyeron un período; el que le sigue es la década del 50 al 59; luego, la década del 60 al 69 y, por último, la década del 70 al 79. Si observamos esa proyección en el tiempo, encontraremos variaciones interesantes en todos aquellos procesos y bastante relación entre ellos.

Si revisamos la literatura correspondiente hasta 1949, encontraremos que predomina victorioso, intacto e incuestionado el modelo clásico liberal. Hasta 1949, en efecto, nuestros países casi ni

siquiera hablan de "desarrollo"; hablan de "progreso"; o sea, se da por descontado que, dejando hacer y dejando pasar, de alguna manera se avanzará. No cuaja aún muy firmemente en nuestra región el concepto de que el Estado tiene que intervenir en una acción de cambio para que el país pueda progresar más rápidamente. Vivimos, por así decirlo, el epílogo de la arcadía colonial. Es decir, transitamos entre el 40 y el 49, un período ingenuo como el que los colombianos llaman el de la "patria boba". Sólo al final de la década, se establece la CEPAL y se remoja a la OEA, ambas ya pensadas como organismos pro desarrollo.

En la década del 50 comienza a aplicarse formalmente un modelo intervencionista-desarrollista. Es decir, se principia a hablar de desarrollo y se afirma que, para que lo haya, es necesario que el Estado, en nombre de la colectividad, haga ciertas cosas, que impida que se hagan ciertas otras cosas, que facilite, estimule, desestimule. O sea, se abandona un poco el modelo eminentemente liberal "leseferista" para dar paso a una cierta intervención. No quiere decir que el rumbo económico, el encaje capitalista del modelo ha de alterarse, sino que la estrategia del desarrollo nacional ha de comenzar a aceptar un mayor intervencionismo que en el pasado.

Del 60 al 69, se da una cierta evolución del modelo desarrollista en sentido de apuntar a reformista. O sea, comienza a sentirse la presión social en América Latina por superar las injusticias que afligen a las mayorías. Se escuchan voces que proponen cambiar las estructuras de la sociedad. Quizás ellas no son claras aún, no son suficientemente militantes en todos los países ni siempre. Pero hay una variante en el sentido de que una vocación de transformar la sociedad comienza a hacerse presente, así sólo sea muy débilmente. También al cerrar esta década entra ya con bastante fuerza la teoría de la dependencia. Un núcleo de científicos e intelectuales latinoamericanos, y algunos norteamericanos, denuncian con evidencia sistemática la doble fuerza de la dominación interna, que algunos llamarían "colonialismo interior", y de la dependencia externa, principalmente de los Estados Unidos. Ellos señalan, quizás por primera vez en los análisis políticos de la situación, que el subdesarrollo no es accidental sino que, en la medida en que se den los fenómenos de dominación interna y dependencia exterior, el subdesarrollo es atribuible a la influencia de esos fenómenos de alta concentración de poder nacional e internacional. O sea, es al promediar la década del 70 que se desafía el modelo clásico liberal, reformista y desarrollista. De allí en adelante, todos los modelos clásicos de desarrollo son seriamente cuestionados y no sólo en América Latina.

Se busca forjar nuevos modelos de desarrollo, se hacen tanteos en todo el mundo, hay insatisfacción por los modelos actuales y con sobrada razón. Hay algunos informes mundiales de propuestas en este sentido muy importantes como el informe de Lester Pearson, el de Jean Tinbergen y de Dag Hammarskjold. Más tarde, habrá el informe del famoso "Club de Roma" y mucho más recientemente la respuesta latinoamericana que desafortunadamente no parece tan famosa ni tan divulgada, el contramodelo de "Bariloche" que contrasta con el del "Club de Roma". Todos los modelos convencionales están sometidos a fuego y comienzan a haber propuestas un poco dispares, quizás no siempre muy precisas, sobre cómo debería concebirse una nueva visión del desarrollo. Se aspira a que éste sea humanista, justo, no elitista, participatorio, no mercantilista, etc.

Esa inquietud se traduce muy claramente al nivel político mundial, cuando en 1974 la Asamblea General de las Naciones Unidas aprueba una declaración por la cual se plantea la necesidad de construir el "Nuevo Orden Económico Internacional". Es decir, se busca alterar las relaciones de desequilibrio en el intercambio de bienes y servicios que predominan entre los países del Norte y los del Sur, los países desarrollados e industriales y nosotros. Es en esta misma década en que se establece paralelo con estas inquietudes y el "Movimiento de los Países No Alineados". Esta insurgencia del "Tercer Mundo" se ubica en una posición equidistante de los dos grandes polos dominantes de influencia ideológica y busca a ayudar a todas las naciones a emanciparse de todos los modelos coloniales o neo-coloniales que todavía las tienen supeditadas. En América Latina surge un poco como desafío a la OEA tradicional el SELA, organismo que excluye a los E.E.U.U.. Cuajan con un poco más de firmeza en esta década los esfuerzos integracionistas en algunas sub-regiones. Fracasa el llamado "Diálogo Norte-Sur" hasta el momento en la UNCTAD. Desde la reunión de Santiago hasta la última que acaba de ocurrir en Europa, los grandes países desarrollados no muestran las menores trazas de querer entender lo que visionarios como Tinbergen, Pearson y Hammarskjold habían dicho claramente: que el subdesarrollo comprometía también el destino de los países desarrollados. No hay, pues, diálogo Norte-Sur.

¿Cuáles son las características eminentes de este modelo o de estos modelos, si pudiéramos agruparlos? Es un modelo basado en el concepto de crecimiento material, como si simplemente el avance económico determinase el desarrollo de la persona humana. Más... ¿para quién?... Es un modelo eminentemente materialista, economicista, tecnologista y "bienestarista". Se afianza en el precepto de que hay que aumentar la producción y el consumo a cualquier precio; hay que aumentar el ahorro, la inversión y la reinversión y esto producirá un crecimiento de bienes y servicios tan

grande y tan importante que alcanzara para satisfacer a todo el mundo. O sea, lo que hay que procurar es llenar la copa hasta la abundancia y, por rebalse, surgirá algún día la justicia social; el desarrollo se filtrará de los de arriba a los de abajo. Este modelo es el que hemos estado, en un grado u otro, tratando de aplicar a nuestros planes de desarrollo en los últimos 15 ó 20 años, quizás un poco más.

Es en esta misma década, sin embargo, que este modelo, al fracasar un poco estrepitosamente en muchas partes del mundo, es denunciado inclusive por gente que pudiera haber sido quien lo postulase. Por ejemplo, decía ya en el año 1970 el Sr. Robert McNamara: "Si limitamos nuestra atención a expandir el PBI (producto bruto interno) ...ello sólo puede conducir a un mayor desequilibrio político, social y económico... si alcanzamos las metas de 'cantidad' y descuidamos las de 'calidad' del desarrollo, habremos fracasado". Pues no en vano el padre de la planificación económica en América Latina, don Raúl Prebisch, decía hace poco que no sólo de producto bruto interno vive el hombre. Entonces, ya hay la percepción en todo el mundo, y específicamente en América Latina, de que esa concepción de desarrollo no es una concepción humanista.

Nadie está negando que hay que producir más bienes y servicios, pero el modelo productivista-consumista trasladado a sociedades altamente industrializadas con otras vocaciones y otras capacidades, a sociedades como las nuestras, no parece ser solución. Al contrario, aquí hay que preguntar para beneficio de quién se producirá más. Porque el sesgado reparto de oportunidades propio del desarrollismo tiende a perpetuar las injusticias y agrandar las diferencias entre los pocos ricos y los muchos pobres. Fíjense que las décadas del 60 al 70 fueron llamadas por las Naciones Unidas "Décadas del Desarrollo". La primera de ellas tenía además otro nombre propio especial para América Latina puesto por E.E. U.U.: se llamaba la década de la "Alianza para el Progreso", en virtud del programa especial de asistencia técnica y financiera delineado por el Presidente Kennedy, por lo menos en parte como antídoto al castrismo.

No importa, empero, qué se llamaran esas décadas en su vocación desarrollista. Las informaciones que existen a la fecha indican que no produjeron ningún desarrollo tangible para las masas latinoamericanas y que consolidaron las injusticias en favor de las minorías de poder que dominan la vida de la región en todo sentido. Si ustedes analizan los informes de los grupos de expertos que evalúan este estado de cosas, encontrarán sostenidamente que dicen lo mismo. Ya hace como diez años que la CEPAL invita a un grupo de expertos latinoamericanos a que analicen el estado de los esfuerzos del desarrollo. Casi no hay informe -Guatemala, Quito, etc- que no exponga desconsuelo. El más reciente, la Evaluación de la Ciudad de La Paz (CEPAL) no dice nada distinto. Todos indican que



no hay desarrollo. Todos señalan, además, que no hay desarrollo no porque no pueda haberlo, no porque la región no tenga inteligencia, recursos, oportunidades o capacidad. Dicen que no lo hay por dos razones centrales.

Una de esas razones es que la dominación externa se mantiene empujando, sin ceder, aumentando sus tarifas, creando más barreras, tratando de bloquear el ingreso de nuestros productos a su territorio. Es decir, muchos de los países desarrollados, lejos de demostrar generosidad alguna, están en un plan de control y retaliación; ya no sienten ninguna obligación, ningún deseo de ayudar a nadie, sino que están en un plan de sentirnos un poco como rivales y de temernos, de no dejarnos avanzar. Esto es grave para las relaciones mundiales y muy grave para el endeudamiento que continúa habiendo en América Latina. Las condiciones de términos de intercambio que padecemos tienen características eminentemente coloniales. Cada vez compramos más caro y vendemos más barato, sin que tengamos mucha intervención en la decisión sobre los precios, frecuencias, ni volúmenes de compra.

La otra razón es que las élites internas nacionales tampoco aflojan se obstinan en mantener sus privilegios. La verdad, hasta donde van los indicadores, es que ni una ni otra dominación está aflojando. O sea, la injusticia, la inequidad más bien se están acentuando peligrosamente en tanto que la población no ha dejado de crecer a los ritmos más altos de la historia de la humanidad. Nuestra región tiene la tasa más rápida de crecimiento del mundo; más que China, más que India; crecemos casi a un 3% global, pero en las grandes ciudades el promedio es del 7% y en las barriadas humildes de las ciudades tenemos hasta un 15% por fuerza de la migración rural generada por la falta de empleo en el campo. Entre tanto, las condiciones de subdesarrollo después de 30 años de esfuerzos, de planes, de declaraciones, de aspiraciones, son de agudización de las circunstancias que determinan la injusticia social.

#### DESARROLLO RURAL: LA MITIFICACION DE LA TECNOLOGIA

Es dentro de ese encaje global que podemos ver adecuadamente la situación del desarrollo rural, lo específicamente agrario. Lo primero que se puede decir, y que sería sumamente fácil sustentar con cifras, es que se da una contradicción central. A pesar de que la mayoría de nuestros países tienen evidentemente la base de su vida en la agricultura, el desarrollo rural en la región, en promedio, ocupa uno de los niveles inferiores en la escala de los esfuerzos de los países. Y a pesar de que todavía la mitad de la población vive en el campo, es esta parte de población la que está menos asistida, menos socorrida por planes y acciones para el desarrollo, tal como esta mañana se lo hizo notar al final de la introducción que el Sr. Ministro y el Dr. Alfonso hicieron.

Veamos entonces así, con la misma lupa de décadas, la parte de desarrollo rural. Hasta el año 49, el agro está quieto en general, salvo excepciones como la de la espantosa guerra civil de Colombia. Todavía están vigentes los modelos de la hacienda feudal de la plantación extranjera. La United Fruit Company impera en Centro América. ¿Qué estrategias para el desarrollo agrícola se aplicaron en ese período? Las estrategias clásicas de esa era fueron la colonización, las cooperativas y, un poco después, la incipiente política de desarrollo comunal. Ellas no desaparecerán sino que las nuevas se le agregan. A veces unas sustituyen a otras pero, en muchos casos, diversas estrategias o políticas coexisten a lo largo del tiempo.

Del 50 al 59, el agro ya no está tan quieto. En 1952 se produce la revolución nacional boliviana que redime al campesinado, hace una reforma agraria acelerada. En 1954, Arbenz intenta hacer la reforma agraria en Guatemala pero Castillo Armas lo derroca mediante una invasión apoyada por la CIA. También al promediar la década se levantan en Brasil las "ligas camponesas" de Julio con una insurgencia hasta entonces desconocida en ese país. Y, al cerrarse la década, los campesinos de la Sierra Maestra hacen posible el triunfo de la revolución castrista contra la larga dictadura batistiana. Hay, pues, ciertos hechos sustantivos políticos en los países y en el agro mismo que hacen de la década del 50 una década de condiciones muy distintas a las que la han antecedido.

Se agregan en esta década las siguientes estrategias adicionales: la extensión agrícola, la difusión de innovaciones o transferencia tecnológica, la reforma agraria y la organización campesina. Todo eso entra en el período 50 al 59 un poco entremezclado, a veces conflictivo entre sí, pero entra en esta década, desde la extensión hasta la organización campesina.

Del 60 al 69, el desarrollo rural agrega otras estrategias: son las empresas comunitarias campesinas del tipo autogestionario. Los siguientes países son ejemplares en esta materia: Chile, Venezuela, Perú, Colombia y Panamá. Es en estos países donde el campesinado intenta organizarse en forma autónoma para tratar de alcanzar el desarrollo rural. Es en esa misma época que la extensión inspirada en el modelo norteamericano decae mientras en cierto momento la reforma agraria pareciera entrar en auge. Sin embargo, muy pronto habría de comprobarse que esto sólo fue una vana esperanza, un poco de ficción política. Es decir, la necesidad de la reforma se propicia en el año 61 debido a dos presiones: el miedo a Castro y el interés por el dinero de Kennedy. En gran parte, es por ello que nuestros países acuden a Punta del Este a firmar el documento de la "Alianza para el Progreso", en el cual se comprometen con pluma de oro a cambiar la estructura de esta injusta sociedad.

Una de las bases doctrinales del cambio a que se comprometen entonces los gobiernos de América Latina es la reforma agraria, como eje del cambio estructural para alterar el sistema de distribución del poder sin el cual reconocen que no habrá desarrollo. Recordemos lo que decía la Declaración de Punta del Este en esta materia de reforma agraria. Manifestó el propósito de "impulsar, dentro de las particularidades de cada país, programas de reforma agraria integral orientada a la efectiva transformación, donde así se requiera, de las estructuras e injustos sistemas de tenencia y explotación de la tierra, con miras a sustituir el régimen de latifundio y minifundio por un sistema justo de propiedad, de tal manera que mediante el complemento del crédito oportuno adecuado, la asistencia técnica y la distribución y comercialización del producto, la tierra constituya para el hombre que la trabaja, base de su estabilidad económica, fundamento de su progresivo bienestar y garantía de su libertad y dignidad".

Bien, ¿qué pasó entre la declaración y la realidad? ¿Cómo marchó la reforma? Una de las primeras veces que se da una respuesta es en 1964. El Consejo Interamericano Económico Social de la OEA afirma entonces: "Muy poco progreso se ha logrado hasta la fecha en cuanto a redistribución de la tierra". Bueno, esperemos un poco. Año 67, está el ilustre dirigente de desarrollo rural venezolano Víctor Giménez Landínez en ese momento en Washington como funcionario del Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas de la OEA, encargado del proyecto 207 de la OEA: promoción de la reforma agraria. Giménez Landínez, analizando lo que se ha logrado hasta ese momento en la reforma agraria, nos da dos datos definitivos: entre 1950 y 1967, o sea en un lapso de 17 años, apenas algo más de 850 mil familias recibieron tierras, no toda ella proveniente de redistribución. Más aún, 80% de estos beneficiarios estaban en México, Bolivia, Cuba y Venezuela. Y hay que tomar en cuenta que, como hemos señalado, los tres primeros países habían realizado una revolución social generalizada que facilitaba decisivamente la reforma. El país donde no hubo revolución pero sí hubo en cierto momento reforma intensa, el único, fue Venezuela. El otro punto que nos da Víctor Giménez es que un cálculo del Comité Interamericano de Agricultura para siete países indicaba entonces que había 7,000.000 de familias como beneficiarias potenciales a lo largo de diez años en esos siete países. Esto implicaba, decía el experto, dar tierra a por lo menos 500,000 familias por año. Pero ni esa muy modesta meta parecía alcanzable. Si hoy hiciéramos la pregunta, no solamente que se confirmaría la ausencia de una real reforma, sino que sería más triste la respuesta que la que está aquí. Es posible que en algunos países se hayan dado inclusive casos de regresión latifundista. No se ha avanzado absolutamente nada en la redistribución de la tierra. La estructura de poder gamonal, que era lo que los señores de Punta del Este habían dicho que iban a cambiar sus gobiernos, se mantiene intacta y continúa acrecentando su poderío. La concentración de la tierra no ha dis

minuïdo y más bien a veces tiende a aumentar. La concentración de ingresos no ha disminuido sino que parece agudizarse. La base fundamental para transformar la sociedad por lo menos no se ha logrado. Los poderosos siguen dominando a las masas. Se forjan leyes y se crean costosos organismos centrales dedicados a la reforma. Pero, en la práctica, poco a poco se va aquietando la supuesta vocación de cambio estructural. Castro deja de ser tan peligroso. Fallece el presidente Kennedy. Fallece también su Alianza. Ya no se habla mucho de la reforma. Finalmente, ni siquiera los viejos agraristas de América Latina se ocupan mucho de ella. La idea comienza a pasar de moda. Parece que ya a nadie le interesa ni le importa mucho. Para mediados de la década, ni los candidatos a puestos políticos destacan a la reforma agraria en sus plataformas electorales.

¿Qué prospera en vez de la reforma agraria? La llamada "revolución verde". La ciencia agrícola dió en América Latina el prodigio de unos trigos y maíces enanos en México, al cabo de 20 años de experimentación, que condujeron a unos aumentos extraordinarios en la producción y llevaron al delineador y conductor del experimento a obtener el Premio Nobel. Esta fabulosa hazaña de la ciencia y la tecnología fue aclamada cuando se produjo como algo que alejaría definitivamente el fantasma del hambre y que abriría las puertas, al fin, de la justicia social para esa gran masa de campesinos de bajos ingresos que había vivido hasta entonces postergada. Pero muy pronto vino otra vez el desengaño, con esta otra estrategia. Todos los análisis que se refieren a ella nos indican que, debido a la manera en que fue utilizada en la mayoría de las partes del mundo, ella no produjo ningún alivio en la situación del pequeño campesino. Por el contrario, agudizó la contradicción entre los pobres y los ricos, comenzando por el propio país de origen, México. No necesitamos apelar para la crítica de este fenómeno a discursos de gente enemiga de la ciencia y de la tecnología u opuesta a la influencia norteamericana. Escuchemos, más bien, a un experto norteamericano, el Dr. Clifton R. Warton, quien fue presidente del Comité Internacional de Agricultura y más tarde Rector de la Universidad del Estado de Michigan. El nos dice: "Como resultado de tasas diferentes en la difusión de la nueva tecnología, los agricultores ricos se volverán más ricos. En efecto, parece posible que los agricultores más avanzados capturen el mercado de alimentos previamente servido por los productores menores, los de "semi-subsistencia"... Si sólo una pequeña fracción de la población rural entra al ciclo moderno en tanto que la mayoría queda rezagada, o tal vez inclusive retrocede, la situación será altamente explosiva".

Tomemos otros dos expertos de la FAO, Baraclough y Schatan. Hablando en general de la tecnología agrícola en América Latina, dicen "En el caso de esta región, aún cuando la tecnología moderna ha contribuido a elevar los rendimientos y aumentar la producción agrí

cola global, ha significado también incrementar el desempleo rural y acentuar el proceso de concentración del ingreso".

Por último, uno de los artífices mismos de la "revolución verde", uno de los altos jefes del equipo investigador de Borloug, el Dr. Wellhousen, ya en el año 70 nos decía lo siguiente: "Bajo un análisis cuidadoso, resulta evidente que la Revolución Verde se ha difundido y autoimpulsado principalmente entre los agricultores grandes, con una actitud comercial y mayores ventajas económicas".

La década se cierra, pues, con la falla de todos los formatos nuevos y antiguos de intentar el desarrollo rural. Algunos porque son mal aplicados, otros porque son contrarios al espíritu de desarrollo de la región y otros porque realmente nunca nadie pensó en serio llevarlos a la realidad.

En la década de 1970 ¿de qué es lo que se habla? No se habla mucho de extensión agrícola, nadie habla de desarrollo comunal, ya casi ni se menciona a la reforma agraria, muy poco se habla de empresas comunitarias campesinas. En fin, varias de esas estrategias parecen haber pasado al trasfondo.

Ahora se habla de desarrollo rural integral. Este es el orden del día. Esta es la estrategia del momento. Después de los experimentos de Puebla en México y Cáuquesa en Colombia, algunos temen que se propicia el desarrollo rural integrado para no hacer la reforma agraria. Sin embargo, nadie dice que esté mal necesariamente esta estrategia; por lo menos se preocupa de los desposeídos del campo. En 1972, desde Nairobi, el Sr. McNamara redescubre la pobreza súbitamente y nos dice: Miren, o apoyamos de veras al pequeño agricultor o nos va a ir muy mal a todos. Entonces la plata comienza a salir hacia el agro. Si ustedes revisan hoy, la asistencia del Banco Mundial al desarrollo rural en América Latina es muy apreciable. Inclusive se dan situaciones de competencias porque el desarrollo rural integrado entra en moda y otros organismos internacionales comienzan a echar sus fichas en el mismo concurso.

Ojalá la nueva estrategia sea fructífera y justiciera pero no se use como sustituto de la indispensable reforma agraria. Hoy he visto con regocijo que el actual Presidente de Venezuela, el Dr. Herrera Campins, en su programa de gobierno para el sector agropecuario afirma lo siguiente: "Los campesinos y pequeños productores serán objeto de nuestra mayor asistencia; la reforma agraria será rescatada e intensificada". Este es el compromiso del gobierno de Venezuela actualmente; creo que es un hecho histórico, notable y que además condice con la línea reformista agraria en que este país fue adelantado. Es alentador que por lo menos algunos dirigentes políticos de América Latina renueven la bandera reformista para hacer notar lo que es obvio: que, a menos que se transforme la injusta estructura de nuestra arcaica sociedad, no podrá haber

desarrollo, no importa cuánta moderna tecnología y cuánto dinero se usen. Por lo menos, no podrá haber desarrollo humanista y democrático.

#### COMUNICACION PARA EL DESARROLLO: DE LA CONFORMIDAD A LA PROTESTA

Bien, es en el encuadre de esas tres décadas que opera nuestra disciplina, la comunicación rural. Hasta el año 49 lo que hay, que yo sepa, en América Latina en esta materia se llama periodismo agrario que es de orden comercial y se registra sólo en unos cuantos países. México y Argentina, por ejemplo, tienen algunas revistas agrícolas y varios países tienen una página agrícola en sus diarios. Casi no existen programas de radio sobre agricultura. La otra actividad de esa década son las campañas de alfabetización que incluye a menudo lo rural con técnicas especiales. Creo que no había mucho más entonces. Y vamos a explicar por qué no había mucho quizá regresando un poco a los modelos globales de desarrollo y a la cuestión de desarrollo rural.

Anotemos con cierta tristeza y con complejo de culpa que los latinoamericanos nos acordamos del campesino cuando alguien desde afuera nos lo indica o nos lo hace notar. En efecto, hasta antes del 49, ningún gobierno de América Latina había hecho nada sustantivo por los campesinos. Algunos campesinos como los mexicanos habían hecho algo sustantivo por sí mismos, pero los gobiernos no. No se había hecho nada importante en el nivel oficial. ¿Cuándo es que se hace algo importante? Cuando nace el "Punto Cuarto" y viene plata del exterior, de Estados Unidos, para extensión agrícola y otras actividades semejantes. Entonces los latinos nos acordamos del campesino. Con pocas excepciones, nos preocupamos por la reforma agraria cuando el impulso y los fondos vienen del afán de Kennedy. Lo mismo había ya pasado con desarrollo comunal. Y actualmente la adhesión al desarrollo rural integral proviene también de influencias externas. Pareciera que necesitamos el acicate del dinero ajeno para tratar de hacer justicia a los nuestros y, cuando nadie desde afuera nos da un peso, entonces nosotros no ponemos el peso para el campesino, pero sí se lo sacamos a él.

Es entonces dentro de ese encuadre, decía, que se da la comunicación rural, por lo menos en el sentido en que personas como Juan Díaz Bordenave, Jorge Ramsay y yo la hemos conocido y practicado en esos últimos 20 ó 25 años. Es en la década del 50 en que, precisamente, por estas influencias sobre el desarrollo en general y sobre el desarrollo rural se crea la disciplina del comunicador rural en América Latina. Nace bajo el nombre de "información de extensión". Yo no detallaré su naturaleza porque Juan Díaz Bordenave les va a hablar con cierto detenimiento de eso y porque, por otra parte, es fenómeno bien conocido para ustedes. Anoto, más

bien, que su nacimiento agrega la parte masiva de comunicación porque los agrónomos extensionistas eran especialistas en comunicación interpersonal, individual y en grupos, pero faltaba al sistema lo masivo y a esto último se denominó "información de extensión". Su aparición fue paralela con la educación audiovisual, también un subproducto de la segunda guerra mundial. Las técnicas norteamericanas de persuasión diseñadas para contrastar el poderío de la propaganda hitleriana del Dr. Goebbels se aplica a fines de paz y, luego, a fines de expansión comercial del sistema norteamericano en el resto del mundo. Así, junto con la extensión y la información de extensión, surge la educación audiovisual en América Latina.

Varios de nosotros participamos con entusiasmo en este doble movimiento desde Turrialba. Ofrecimos muchos cursos de información de extensión y participamos con la AID en seminarios regionales en tres o cuatro partes de América Latina para formar educadores audiovisuales en salud, en agricultura, en todos los campos del desarrollo. Es la época ingénuo. Hacemos la tarea con esmero y honestidad sin tener la capacidad crítica para juzgar si este oficio que estamos ayudando a divulgar le sirve al pueblo, le sirve al establecimiento, o a quién. No meditamos sobre sus posibles consecuencias; damos por sentado que son buenas. Estamos tan entusiasmados con las técnicas y nos parece tan fascinante el poder manipular la conducta humana a través del manejo de los mensajes que estamos como niños estrenando juguetes.

Por otra parte, nace en América Latina en esa época una estrategia eminentemente nuestra. Monseñor Joaquín Salcedo funda en Colombia las "Escuelas Radiofónicas" de Sutatenza que alcanzarían un vigor excepcional e irían a multiplicarse por la región mediante unas 40 ó 50 organizaciones en unos 15 países.

También nace en México el Instituto Latinoamericano de Cinematografía Educativa. No hará mucho cine. Más bien se concentrará en transparencias proyectables, una parte sobre tema industrial y otra parte agrícola.

Además se crean en varios países de América Latina, generalmente afectos a los Ministerios de Educación y Salud, "centros audiovisuales", bajo inspiración y apoyo del "Punto Cuarto" en muchos casos. Al final de la década del 60 comienza algún interés por la información sobre reforma agraria y organización campesina. Este se intensificaría en la década siguiente pero tendría tan corta duración como la efímera inquietud por hacer la reforma. En esos momentos, aspirábamos a forjar una "ingeniería del comportamiento social". Nos sentíamos especialistas en persuasión para el desarrollo. Queríamos manipular la conducta con fines altruistas pero manipular al fin y no estábamos preocupados porque la manipula

ción que se usa en la publicidad comercial se pudiera usar también para fines que no fueran de lucro. Juan Díaz Bordenave ha analizado penetrantemente este proceso. Lo hizo con un detenimiento que ciertamente yo no puedo emular hoy aquí. Les recomiendo el trabajo de Juan Díaz sobre la evolución del concepto de comunicación y del trabajo y papel del comunicador social.

Del 60 al 69 surge una nueva área en nuestro campo: la "comunicación para el desarrollo". ¿Dónde surge? En el M.I.T. y en Stanford. Allá tenemos como maestros a los doctores Schramm, Lerner, Pool, Pye and Frey. Ese es el equipo básico que se preocupa de investigar las posibilidades de utilizar la comunicación, principalmente la masiva, para conquistar el desarrollo. No surge esto en nuestros países; surge en los países desarrollados y surge eminentemente en Estados Unidos. Pero muchos de nuestros países, y especialmente los asiáticos, toman esto con gran interés.

Al principio quedamos maravillados con esos postulados sobre la potencialidad de las funciones de los medios masivos para conseguir el desarrollo. Pero, poco a poco, tuvimos que entrar a preguntarnos ¿pero a qué desarrollo se refieren? Cuando hablan de desarrollo, ¿de qué están hablando exactamente? Y estaban hablando de modernización. Estaban hablando de modelo clásico, que hemos dicho esta mañana, del modelo productivista. Para eso evidentemente los medios de comunicación cumplen un papel extraordinariamente adecuado. Pero, como ya teníamos inquietud en América Latina, ya en esta década del 60 surge Freire y su pensamiento, ya la teoría de la dominación y la dependencia ha dado ciertas bases sistemáticas para pensar también en esos términos sobre la comunicación, entonces se produce en nosotros una disonancia. Lo que nos están enseñando nuestros estimados maestros norteamericanos choca con las percepciones nuevas que empezamos a adquirir sobre nuestra realidad. Se nos crea así una ambivalencia bastante dura y muy difícil de conciliar. Esto nos conduce finalmente, como lo ha explicado en varios trabajos Juan Díaz Bordenave, a una revisión de esos planteamientos de comunicación para el desarrollo. No tenemos tiempo de ver aquí nada sustantivo en esta materia pero hay que anotar un par de cosas cuando menos.

Cuando uno analiza los 35 papeles que dichos expertos atribuyen a la comunicación para el desarrollo a la luz de la realidad latinoamericana, encuentra que los medios masivos no cumplen tales papeles entre nosotros, o los cumplen actuando en contra de lo que uno ha llegado a entender por desarrollo. Para comenzar, la distribución de los mensajes de los medios omite fundamentalmente a la clase campesina. Es decir, los medios de masa en América Latina no son para las masas sino para las élites urbanas. Aún dentro de las mismas ciudades, en la medida en que hay una estratificación social, educativa y política, también se da la estratificación en materia de información. Ella sigue exactamente las gradaciones de esa estructura de poder y, si uno compara la situación de



las ciudades con la situación del campo, obviamente los medios masivos no alcanzan sino en mínima proporción al campesino. Cuando llegan a los campesinos, sólo llegan a los pocos señores que tienen grandes fincas pero que más bien viven en la ciudad, que puede comprar los diarios y que puede comprar los artículos que los diarios, la radio y la televisión anuncian.

El campesino raso y paupérrimo -que es la gran mayoría del agro- no forma parte del público porque no está en el mercado. No interesa a los medios masivos de comunicación tal se señalaba aquí esta mañana en la inauguración, porque no es cliente. Podríamos dar muchos ejemplos pero no creo que haga falta abundar. Tal vez si más tarde alguien quisiera ejemplos específicos o alguna aclaración, baste con decirles que hay por lo menos 500 estudios en América Latina que han sido recogidos en una pequeña bibliografía hace dos años. Una alta proporción de ellos sustenta claramente la noción de que la comunicación de masas en América Latina es un privilegio más de la minoría dominante y que el que está fuera de ese sistema es el campesino, a pesar del transistor y a pesar de la ficha de silicón.

Es decir, todavía hoy la mitad de la población de América Latina no tiene acceso, según Mario Kaplun, colega argentino-uruguayo que vive aquí en Venezuela, a los medios masivos. A pesar de que tiene mucho más penetración que la prensa, ni siquiera la radio cubre más de la mitad de la población de la región. Así como está privado de tierra, el campesino también está privado de cultura, educación y comunicación. Está por fuera del sistema. A veces se atribuye este aislamiento a la falta de caminos, a la falta de electricidad, etc. Tales factores contribuyen ciertamente pero el problema fundamental es que los medios masivos de comunicación están dirigidos a la élite urbana. Por tanto, aunque llegasen al campesinado, tampoco le interesaría el contenido porque no está dirigido a él. El campesino no existe para los medios masivos por que no existe en el mercado. La sociedad de consumo no abarca a los desposeídos.

Recordemos que el profesor Antonio García, ilustre agrarista colombiano, llamó la "incomunicación para el subdesarrollo". Realmente, de eso es lo que debe hablarse en América Latina. No es posible hablar de la comunicación para el desarrollo tanto como es posible que hablemos de la incomunicación para el subdesarrollo. Sobre esto hay abundante evidencia empírica para quien quisiera trabajar o profundizar conocimientos en la materia.

Se destaca en esta misma década del 60, el pensamiento freiriano con su famosa educación liberadora que tiene consecuencias muy importantes en el pensamiento de muchos comunicadores en América Latina, como Joao Bosco Pinto, Juan Díaz Bordenave, Mario Kaplun, Frank Gerace, etc. Hay varios colegas que, tomando inspiración

de Freire, hacen modificaciones a sus planteamientos, aportan contribuciones, variaciones, y van llevando adelante el intento de buscar maneras diferentes de entender la comunicación. La toman como un proceso democrático, como un proceso de diálogo, como un proceso de integración humana de nivel horizontal y no como una relación vertical de persuasión, en la que el comunicador domina al que recibe la comunicación pasivamente. También hay otros hechos de importancia en esta época, además de la presencia de Freire y su pensamiento. En el nivel institucional, por ejemplo, comienza intensamente la televisión escolar en muchos países, o televisión instructiva, si ustedes quieren. Nace el CIESPAL en Quito como centro regional de comunicación para América Latina. Alcanza intensidad notoria la investigación científica, sistemática de la problemática de la comunicación en América Latina. Al despuntar la década comienzan estudios tradicionales de difusión de innovaciones y, al cerrarse ella, comienza a surgir la crítica social que escarba la dura realidad de dominación. Venezuela es precursora en este esfuerzo por medio de instituciones como el ININCO. Hay también otras influencias, como las recordará Juan Díaz, Están Ilich, Piaget, Karl Rogers y otros pensadores.

Hay influencia europea fuerte en la comunicación en la línea semiótica-estructuralista de la semántica. Al abrirse la década del 70, alcanza plenitud la crítica científica al sistema de comunicación como instrumento de dominación interna y dependencia exterior. Se destacan tres o cuatro nombres señeros en este campo de la denuncia sistemática del sistema de comunicación como parte de la dominación. Uno es el del belga afincado en Chile Armand Mattelart, que tiene una serie de seguidores dentro de la línea semiótica-marxista. El otro es Eliseo Veron, argentino, también en la semiótica, pero con unas diferencias de pensamiento sustantivas con Mattelart. Otro de esos innovadores está en la sala. Es mi entrañable amigo Juan Díaz Bordenave, a quien reconozco como uno de los precursores en el pensamiento transformador de la comunicación en América Latina. Y el otro es un paisano de ustedes y gran amigo mío, Antonio Pasquali, hoy en la UNESCO, en París. Él fué también uno de los adelantados en la lucha por la emancipación del sistema de comunicación hacia una línea democratizante.

Nuestra región, comparada al Asia y al Africa, es una región precursora en la transformación de la comunicación en todo el mundo. Es una región inquieta, con gente talentosa y briosa, gente que está en la lucha, que no descansa y que no se calla.

Además no solamente hay avances teóricos y documentación científica de esa realidad dolorosa sino que se ensayan diversas tecnologías participatorias. Esta es, pues, una región creativa, una región imaginativa. Ante el problema de que los medios masivos comerciales no apoyan el desarrollo democrático sino el status quo, ante el problema que el Estado latinoamericano no gasta fondos para hacer una comunicación educativa, ante la realidad de que

ni la empresa privada ni el sector público hacen lo que deben hacer en favor de la comunicación para el desarrollo, hay gente valerosa, mucha de ella inspirada por la iglesia católica, que se lanza a buscar inventivamente sistemas alternativos y complementarios de tecnologías de comunicación democratizante. Se ensaya un poco el radio-foro, que es un invento inglés-canadiense ensayado en la India y en Ghana. Se crean nuevas cosas como el cassette foro-rural en el Uruguay, como el telemóvil rural en Chile y Perú, como periódicos de comunidad en muchos países de la región, como el teatro comunitario liberacionista. Aquí simplemente, permítanme sólo mencionar al colega Jerry O'Sullivan, quien está en la sala y que, junto con Mario Kaplun, ambos residentes en Venezuela, acaba de entregar a la UNESCO un excelente análisis de una veintena de experiencias con innovadoras tecnologías democratizantes en América Latina. Algunos también querrán recordar un libro de hace pocos años en que Juan Díaz Bordenave, comisionado por la UNESCO, hizo una primera aproximación analítica a un puñado de estas experiencias.

En esta misma época se sientan, por otra parte, bases teóricas para la "comunicación horizontal". Sale con ese nombre hace ya casi diez años un librito, escrito en Bolivia y publicado en Perú por Frank Gerace. Comienza así a darse un poco de literatura dispersa, quizás ambigua, quizás no muy precisa, que sin embargo comienza a trazar sendas para poder construir un modelo teórico revertido a la práctica y aprendido en la práctica. Se busca redefinir el modelo de comunicación para proponer que ésta sea dialógica, horizontal, participatoria, alternativa.

En la escala mundial, ocurren cosas muy importantes dentro de las que esta región nuevamente es protagonista y este país en particular es líder. Me refiero a la lucha en favor de las políticas nacionales de comunicación, que comenzara en 1974. Es una dura contienda en que se enfrentan las fuerzas en favor del cambio con las fuerzas en favor del status quo, con una agresividad que no se había visto en ninguna década anterior. Esta es la década del conflicto en comunicación. Esta es la década de la pelea brava, esta es la década de los dientes pelados y las espadas al aire. Por unos meses, no hay eufemismos y no se da cuartel. La batalla es fragorosa y frontal. Venezuela, con el gran equipo del ININCO, hoy presidido por Oswaldo Capriles y con el Ministerio de Información activo en la lucha, ocupa un papel señero para tratar de forjar políticas nacionales, democráticas y pluralistas, mediante conjuntos de normas para el comportamiento del sistema de comunicación del país en general. Esto merece los ataques más rudos. Se califica al movimiento de autocrático, se le considera fascista, se lo condena por comunista, se lo tilda de pro-autoritario, se lo

ataca despiadadamente. Sin embargo, los dos países que son líderes del movimiento son los más cercanos al ideal democrático en América Latina: Costa Rica y Venezuela. Costa Rica es la sede de la Reunión de Ministros que propicia la UNESCO y el líder de la reunión es Venezuela, donde el Jefe de la delegación venezolana, el colega ministro Guido Groscoors, hace una lucha franca y directa en favor de esas políticas. Más tarde, Venezuela otra vez será líder de lo mismo en políticas culturales. La parte de comunicación en la reunión de esa materia en Bogotá que es igualmente atacada, vilipendiada y vituperada por las fuerzas que no quieren cambios en comunicación. Es sólo después de que América Latina ha ensayado, ha hecho su primer intento de comenzar a hablar de políticas nacionales de comunicación, que la UNESCO se anima a hacer una segunda reunión en Asia y ahora está preparando una tercera reunión en Africa. Pero Latinoamérica fue la región que dió el primer paso en la lucha por las políticas nacionales de comunicación.

Esto coincide entre los años 75 y 76 con que los Países No Alineados formulan el esquema básico para un "Nuevo Orden Internacional de la Información. Así como se ha postulado ya en el 74 que debe existir un Nuevo Orden Económico Internacional, debe existir, se propone ahora, un Nuevo Orden de la Información porque si no se forja un nuevo orden de la información nunca se conseguirá un nuevo orden de la economía. América Latina es, pues, también un protagonista de esta lucha de los países del "Tercer Mundo" para establecer un régimen internacional de comunicación que no sea alienatorio, que no sea opresivo como el que conocen ustedes, que se da a través de la fuerza determinante de las agencias de publicidad, de las agencias de noticias de los Estados Unidos sobre América Latina y de los materiales enlatados de televisión, etc, etc.

Por último, en esta década dos cosas importantísimas ocurren dentro de esa batalla de la comunicación internacional. Una es que se aprueba, después de infinitas lidias en la UNESCO, una declaración especial sobre comunicación, que es una conciliación al cabo de árdua batalla entre los sectores que quieren el cambio y los que no lo quieren, pero que llega a aprobarse. Tal como la conferencia en Costa Rica deja para América Latina algunas recomendaciones claras, pragmáticas y útiles, la declaración general de la UNESCO abre la posibilidad conceptual de transformar el sistema injusto de comunicación. Se le ha echado mucha agua a la leche la declaración no se parece casi en nada a lo que era la propuesta original de hace cinco o siete años, pero algo de lo que queda sirve para la lucha. De otra parte, en estos instantes en que no reunimos aquí, está en su sesión final la Comisión McBride de la UNESCO, que es la encargada de formular bases concretas para cons

truir el Nuevo Orden Internacional de la Información. La comisión, de nuevo, ha sido atacada, vituperada y calumniada. A pesar de que es pluralista, equilibrada y prudente, está sujeta al bombardeo diario de los medios de comunicación de los países occidentales. Sin embargo, está cumpliendo su mandato de una u otra manera. Hay en ella dos latinoamericanos, uno es Gabriel García Márquez y el otro es Juan Somavía, director del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales que, por cierto, es la entidad nueva que está llevando la bandera en la lucha por el Nuevo Orden Internacional de la Información.

Ese es el estado de la comunicación mundial hoy y perdonen que me haya salido del territorio específico de la comunicación rural pero en realidad no podemos ver a esta última por separado. No podemos con asepsia técnica decir: "Mire, desde aquí hasta aquí, es comunicación para todos y, desde aquí hasta aquí, nada tiene que ver con la estructura política de poder y no está influida por el sistema internacional de publicidad". No es así, no es separable y es por eso que he querido hablarles de ella en conjunto.

Dos cosas muy importantes ocurren a lo largo de las tres décadas de las que hemos hablado. Una es que la población, como lo dijimos hace un instante, crece apresuradamente; es decir, casi inconteniblemente. Este es obviamente un hecho de consecuencias de suma importancia para la situación de subdesarrollo y también tienen reverberaciones para la situación de comunicación. El otro hecho que ha sido bien documentado por Mario Kaplun y por Antonio Pasquali, entre otros, es el desmesurado crecimiento, bajo el estímulo de la sociedad de consumo, de la radio y la televisión en América Latina como puntas de lanza de la alienación y el conformismo. Nadie está en desacuerdo que haya más medios masivos, nadie se opone a ello pero la manera irracional como crecen en América Latina las organizaciones de radio y televisión es motivo suficiente de preocupación. Estos suelen ser los medios triviales, más conservadores, más alienantes. Son los que distribuyen los "comerciales", las telenovelas, las aventuras violentas, las "misiones imposibles", todo ese material que intoxica a nuestra juventud, y a nuestra niñez.

Venezuela, de nuevo, ha sido un país precursor en el área de la investigación de la comunicación. Algunos de los principales estudios sobre radio y televisión en América Latina se han hecho en Venezuela. Recordemos a Marta Colomina de Rivera, en sus estudios con amas de casa del Zulia; recordemos a Antonio Pasquali y sus colaboradores en el ININCO; recordemos a Rincón y recordemos a Santoro, el psicólogo que nos demostró en Venezuela, que realmente los estereotipos de la sociedad de consumo y los valores del mundo capitalista estaban teniendo impacto en la gente. Y recordemos también los valiosos estudios de los periodistas venezolanos Héctor Mujica y Eleazar Díaz Rangel.

## LA PLANIFICACION DEL DESARROLLO Y DE LA COMUNICACION PARA ESTE

Al promediar la década del 50, se formulan los primeros planes quinquenales globales para el desarrollo nacional. Uno de los países que entra primero a ese ejercicio es Bolivia, donde en 1953, a raíz de la revolución social iniciada en el año anterior, la CEPAL manda a sus jóvenes brigadas a ensayar la mano en tratar de ayudarle al país a formularle un plan quinquenal. Y lo logran si bien sólo al nivel en que había de quedar la planificación por bastantes años, un nivel grueso y economicista-tecnicista, sin la influencia de alteraciones ideológicas mayores. Lógicamente el técnico por sí sólo no puede transformar el universo político. El plan es macro, muy ancho. Y para pasar de un esquema vago de cinco años al nivel de operaciones pragmáticas de corto plazo hay mucha dificultad. Pero ya es un principio, ya es una base.

En la década del 60, se establecen las primeras centrales de planificación global. En algunos países se llama Junta de Planificación, en otros Consejo Nacional de Planificación Económica, en otros Secretaría, y en otros más Ministerio. Estos órganos globales comienzan a alcanzar mayor precisión y a disponer de mejor información. Ya se ancla un poco el esfuerzo a nivel de programas anuales, en cuanto la dimensión temporal, y, en cuanto a la dimensión espacial, comienza la planificación regional. O sea, que la década del 60 ve un avance y un mayor realismo en la planificación del desarrollo. Pero se sostiene esta planificación dentro del modelo de desarrollo que es dado por el liderazgo político que no ha cambiado su visión del desarrollo y sigue pensando más o menos en el modelo clásico productivista. Se piensa más en los presuntos méritos de la sustitución de importaciones que en la justicia distributiva. Se confunde el crecimiento material con el verdadero desarrollo humano.

En la actual década se advierte ya intensamente una preocupación social en los planificadores. El economicismo ha disminuido un poco. A la tecnología se la ve hoy con cierto cuidado. Ya no es una diosa tan intocable. Comienzan a entrar consideraciones sociales, factores políticos, cosas que antes, dentro de la asepsia economicista, ni siquiera se consideraban. Hoy día se trata de incorporar esas preocupaciones en el oficio del planificador. Se establecen en esta década oficinas sectoriales de planificación como, por ejemplo, la que hay en el Ministerio de Agricultura y Cría de Venezuela. Inclusive hay ahora la reunión anual de Ministros de Planificación. La CEPAL ha reforzado al ILPES para que continúe cumpliendo un papel importante de capacitación e investigación.

Sin embargo, repito, no es posible necesariamente esperar de los planificadores que vayan más allá de sus técnicas, en el sentido de alterar la esencia doctrinal de los modelos que tienen que diseñar para aplicar el ejercicio del desarrollo. Si se va a hacer una planificación diferente tendrá que ser porque haya una influe-

cia política diferente, y si algún planificador va a tener esa influencia política, creo que será un caso raro. Generalmente ellos operan a nivel de tecnocracia subordinada a la dirigencia política.

Es dentro de ese encaje de planificación global y sectorial que también hay que ver la planificación para la comunicación, y específicamente, aquella dirigida a la comunicación rural. Desde un punto de vista racional -si hay un plan nacional de desarrollo en Venezuela, y dentro de ello, existe, como sabemos, un plan nacional para el sector agrícola, que es subsidiario del plan general- deberá haber igualmente un plan nacional de comunicación para el desarrollo rural o agrícola. Esa es la escala en que se impone la derivación lógica y necesaria.

El comunicador no puede inventar un plan de comunicación por su cuenta. El comunicador no va a establecer las metas del desarrollo. El comunicador no va a señalar las tareas en las que el país desea avanzar. Es solamente cuando los otros, los dirigentes políticos y los expertos en planificación global y sectorial, han señalado ciertas metas que ya a un nivel más operativo el planificador rural puede tomar, entonces, esos elementos y comenzar a pensar la estrategia de comunicación que les de sustentación.

Esto es a nivel teórico. En la práctica, que yo sepa, esa conjunción se ha dado muy poco todavía en nuestros países y solamente en unos pocos de ellos. Yo creo que debemos esperar que Venezuela sea uno de los primeros en esa materia porque ya el Plan V, el Plan de la Nación, consigna -y es uno de los pocos en América Latina- la obligación del Estado en materia de comunicación para el desarrollo. O sea, lo que consigna es un párrafo pequeño y modesto pero, si se compara con el resto de los planes de desarrollo, ya es un avance notable. El principio está logrado.

Ahora tenemos aquí en manos la estrategia presidencial para el desarrollo rural de Venezuela. Es de esperar entonces que, por ejemplo, el grupo de planificación sectorial, aliado con los comunicadores del sector, pueda sentarse y ver en esto qué hay para comunicación y cómo van a apuntalar esa estrategia con acciones de comunicación.

En algunos países se ha estado haciendo eso, pero en un nivel quizás no tan integral. Por ejemplo, merecen mención los esfuerzos de Colombia para la planificación agrícola aunque no se realiza a un nivel así, tan preciso como ese. Allá hay una entidad descentralizada, el Instituto Colombiano Agropecuario, que maneja la investigación y la extensión, hay un plan nacional de nutrición y hay una oficina de planificación del sector agropecuario. El Instituto tiene un plan de desarrollo rural que se inscribe dentro del plan nacional de nutrición. No es lo mismo que el encaje

que acabo de sugerir pero es, en todo caso, un engarce que trata de subsanar el problema de la carencia de guías racionales. Hace 15 años los comunicadores rurales de Colombia ya eran muchos y buenos. Sin embargo, pese a vivir fundamentalmente de la agricultura el país no tenía planes nacionales, regionales o sectoriales en materia de agricultura. Entonces los comunicadores tenían que improvisar determinaciones que no les competían o perseguir a los que podían tomarlas para poder hacer su trabajo un poco más sistemático y menos a ojo de buen cubero. Hoy se ha avanzado a un nivel en Colombia en que se ha logrado diseñar una metodología de planificación de comunicación para el desarrollo rural. Ella es de un nivel, digamos más bien, de microprogramación; no es macro-sectorial sino trazadora de acciones específicas en el campo, pero es interesante. Los comunicadores del ICA han producido una literatura que alcanza por lo menos el orden de 20 textos (desde el manual de planificación hasta el de evaluación, pasando por los instrumentos de detección de la realidad económica, social, política y de comunicación) para poder diseñar planes. Además han aplicado el procedimiento a nivel de ensayo a distintas regiones y han evaluado el impacto de esa metodología. Han forjado, pues, una experiencia que vale la pena recoger, divulgar y utilizar también en otros países a nivel de base.

Creo que debemos admitir con franqueza que en la década del 50 en materia de planificación de comunicación no había nada. Estaba comenzando esta preocupación en Estados Unidos. Por ejemplo, en el M.I.T. y hoy se refleja marcada en el East-West Center en Hawaí o en la UNESCO en París, pero no había nada en América Latina en aquel entonces. Del 50 al 59, se dieron las primeras inquietudes de evaluación en comunicación rural en Colombia, Perú, Argentina, entre otros países. En esa década del 60 -y me enteré de esto gracias a un obsequio de Juan Díaz- sale el primer libro de planificación de la comunicación rural. Fue escrito en Brasil por el colega Horacio Martins de Carvalho. Así, pues, fue en esa década que se produjeron los primeros intentos de estructurar sistemas de planificación de la comunicación para el desarrollo rural en esta región.

En la década actual se destaca la experiencia colombiana que ya he mencionado. Entre otros hitos, hay que señalar que el CIESPAL ha dado por lo menos dos cursos en materia de planificación de la comunicación para el desarrollo en general. Se han realizado en varios países seminarios de planificación para el desarrollo rural. Se ha publicado por el CIESPAL el primer libro extenso sobre planificación de la comunicación en América Latina. Son autores de él los colegas Juan Díaz Bordenave y Horacio Martins de Carvalho.



Si ustedes recorren las interesantes páginas de ese libro de Díaz y Carvalho, tendrán diversas reacciones. Por ejemplo, a mí me parece que dicha obra podría también haberse llamado "Hacia la Comunicación Horizontal en América Latina" porque es un libro denso en materia de pensamiento innovador sobre cómo democratizar la comunicación. Y es, a mi modo de ver, por ese enfoque precisamente que, cuando entran al terreno de la planificación de comunicación, luego de escribir sobre la planificación en general, en realidad lo que plantean audazmente es un modelo de planificación liberacionista que ellos llaman "la planificación sin plan". Ha surgido, pues, una obra en nuestra región, otra vez precursora en la materia, que cuestiona todo el modelo de planificación del desarrollo, y por derivación, el de la comunicación que conocemos hasta la fecha. Se lo considera alienante y autocrático en cuanto que no permite la participación.

Bien, terminemos con una pregunta muy global, muy esquemática: ¿Qué papel ha jugado en nuestras tierras la comunicación para el desarrollo rural? ¿Ha sido bueno, malo, modesto, grande, excesivo?

Yo creo que ha sido modesto, pero pienso que no hay nada de que deba arrepentirse nadie. Explicablemente, los comunicadores de la región han ido experimentando en todas las etapas históricas que los han rodeado y que fueron determinadas por el conjunto de fenómenos políticos, económicos e ideológicos que creo haber mencionado así sea muy de prisa. Ellos han tenido adaptabilidad, paciencia, imaginación e interés por servir las exigencias de las diferentes etapas. Han tomado y dejado estrategias y técnicas que han venido cambiando casi caleidoscópicamente en 30 años. Han seguido en la lucha y han tenido una capacidad de evolucionar, una flexibilidad que no se encuentra siempre en todas las profesiones. Siento, pues, que debemos regocijarnos porque la comunidad de comunicadores rurales en América Latina ha sabido cumplir su papel bajo las circunstancias que se han señalado aquí. Sin embargo, esto no la excusa de errores y de omisiones. Por ejemplo, desde hace 30 años hasta hoy, todavía si queremos mencionar unos pecados capitales nuestros podemos señalar tres o cuatro. Primero, tenemos obsesión por la producción, la que nos viene del mismo modelo materialista de la vida y del desarrollo. Cuando se habla de comunicación, hay que tener máquinas y hay que sacar unos ciertos productos; si nó, no es comunicación. Vayan ustedes a analizar el presupuesto de cualquier entidad o ministerio, vean cuánta plata, energía, tiempo y talento se atribuye a cuáles funciones. Encontrarán que la producción acapara por lo menos la mitad de toda esa energía y esfuerzo. Segundo, dentro de la producción se da fundamentalmente una aberración cómoda, la de producir un montón de material de lectura cuando la mayoría del público no sabe leer. Entonces, optamos por la vía más barata, más fácil, y llenamos el mundo de folletería que escribimos para nosotros mismos y nues

tros parientes, amigos y personas piadosas. Pero, muy felices, gastamos la plata del Estado y la plata de la empresa privada en hacer lo que menos necesitan nuestros campesinos. Tercero, no somos inclinados a programar ni a evaluar sino a improvisar y seguir adelante a ver qué pasa.

#### LA PROYECCION Y EL DILEMA

¿Qué nos corresponde hacer en adelante? ¿Cuál va a ser nuestro papel en los próximos diez años? ¿Por cuáles rumbos se encaminará nuestro oficio? Yo no sé. Creo que este seminario contribuirá con algunas de las respuestas posibles en un debate que ha de ser largo, creativo y muy interesante. Lo que sí creo es que, dentro de ese debate, dentro de ese análisis de proyecciones y perspectivas, se va a dar un dilema.

Quizás la mía sea una posición pesimista, quizás mi óptica es negativa, pero yo veo que el comunicador de hoy, o cuando menos una parte de los comunicadores de hoy, está a veces más adelante que los propios estrategas generales del desarrollo y que los políticos de nuestros países. Muchos de los más distinguidos comunicadores latinoamericanos tienen una visión casi poética de la vida y del desarrollo y quieren cambiar su oficio, para que sirva a ese modelo ideal, a ese modelo limpio, ese modelo justo. Pero la estructura de la sociedad, el edificio del sistema de poder político-financiero, así como la opresiva influencia del sistema de intercambio comercial internacional continúan incólumes en un sen tido de status quo e inclusive de regresividad. En esas circunstancias, ¿dónde radica el dilema? El dilema se perfila al preguntarse hasta qué grado nosotros vamos a poder combatir, desde abajo donde estamos, como comunicadores contra todo ese aparato que se opone al cambio, que se opone a la justicia. En otros términos, ¿es posible hacer comunicación liberacionista en una sociedad que, en gran parte, no quiere la liberación? Y, si no es posible, ¿vamos a seguir sirviendo conscientemente a los fines del status quo? Y, si no vamos a querer seguir sirviendo a los fines del status quo, ¿qué alternativa nos queda? Ese, estimados colegas es nuestro gran dilema de hoy y aquí. Ese es el reto de la hora para nosotros.

---